

REVISTA DE HISTÓRIA DAS IDEIAS 18

HISTÓRIA • MEMÓRIA • NAÇÃO



INSTITUTO DE HISTÓRIA E TEORIA DAS IDEIAS
FACULDADE DE LETRAS

COIMBRA 1996

DESPENSA, FLECHAS, PALIO Y SENTIMIENTO La iconografía de Franco en el primer franquismo

1. La despensa en la Reserva de Occidente: pan floreaí, un sólo huevo y patatas y arroz hervidos "viudos"

Muchas veces he llegado a imaginarme que la riqueza de acacias que componen, en la actualidad, el ruín y exótico tapiz vegetal de nuestras ciudades castellanas, debemos agradecérsela a Franco pero también he acariciado en muchas ocasiones la imagen del Dictador en el momento preciso de mostrar su profunda gratitud por la desinteresada y natural ayuda que las acacias de nuestros jardines urbanos prestaron a los planes económicos de construir la Nueva España. "El pan floreaí", como lo llamó Gómez de la Serna (*Nostalgias de Madrid*) esos racimos de flores blancas que los chavales, sin pudor alguno, y muchos mayores a escondidas chupaban con la ansiedad insatisfecha del que busca olvidar otros "manjares", se convertía durante una larga quincena en la alternativa totalmente gratuita al vacío que en los estómagos dejaba la escasez familiar del "pan candeal". Imagen ésta que no dudo que pudo contribuir a fortalecer la idea de que la misma Naturaleza se manifestaba con su dadivosidad como la señal más clara de que la providencia divina respaldaba los programas económicos del Nuevo Estado. Como pienso también que cumplió la misma función aquella avaricia con que buscábamos lo que con tanta reverencia llamábamos "panecillos de Santa Teresa", esos pequeños frutos de las malvas silvestres que poblaban las aceras y los pies de

* Catedrático de I.E.S. Salamanca.

las tapias de los huertos de nuestros barrios y que, del mismo modo que la apetecida flor de las acacias, amplió las posibilidades alimentarias de ese "pan florei" con el que combatíamos la penuria del otro. Dieta subsidiaria de una minuta vegetariana y gratuita que, a finales del verano, se enriquecía con la aportación de cantidades estimables de majuelas, endrinas y moras que abundaban en los alrededores más próximos de nuestros barrios.

Es lógico que la accidentalidad y la marginalidad de esta ayuda alimentaria hayan dificultado la aplicación de repertorios cuantitativos que pudieran estimar ajustadamente la intervención en la paupérrima dieta que hostigó el estómago de las poblaciones más necesitadas en los primeros años del franquismo. Apesar de ello, las manifestaciones cualitativas abundan en nuestra literatura y recuperan, con un realismo que todavía enternece, la imagen sórdida de una sociedad que, acuciada por su estómago, parecía despreocuparse de la sistemática represión que envolvía a todo el régimen. Mucho se ha insistido entre los especialistas (Carr, 1984 y Garcia Delgado, 1986) en torno al efecto sordina que las dificultades de supervivencia causaron sobre la aparición de una protesta generalizada por parte del amplio sector que sufría más crudamente esta situación. Convendría, sin embargo, insistir algo más sobre este sospechoso silencio y tratar de calcular, con un margen lógico de aproximación, la presencia del campo de la protesta en ese cajón de sastre en que se convirtió el amplio espectro de delitos intervenidos por los tribunales represivos del sistema franquista. La indefinición de los delitos (Fontana, 1986) ampliaba peligrosamente el campo de actuación de la Justicia, diluyendo en la vaguedad de su tratamiento el componente de esa protesta en el conjunto de los asuntos duramente sancionados.

Es cierto que no podemos tachar de vicaria esta dieta subsidiaria, pero de lo que no cabe dudar es del significado que alcanza al relacionarla con la dieta total familiar. Su constatación pone en evidencia la escasez e indigencia de lo que se considera núcleo fundamental de la alimentación de cada familia: el pan de que se disponía además de insuficiente, pesaba como el plomo, lo que hacía pensar que la harina con que se había amasado resultaba de difícil identificación (Santa Eulalia, 1989); las patatas y el arroz llegaron a estimarse como manjares que se consumían simplemente hervidos, "viudos" al decir de la gentes, sin más aditamentos que un poco de ajo y de cebolla picada; el aceite de oliva, pieza básica de la dieta española, se convirtió también en una de las piezas más apreciadas del mercado negro

(Barciela, 1986), producto, pues, estraperlado que alcanzó precios prohibitivos para el deplorable nivel económico de las familias españolas en general: hacía años que no se sentía un hundimiento de tal calibre como el que estamos dibujando (Albert Carreras, 1984 y 1985, Fontana, 1986 y Garda Delgado, 1986); huevos, carne y leguminosas se consideraron un lujo muy raro en la mesa familiar, obligando a los insatisfechos consumidores urbanos a dirigir su mirada hacia el campo construyendo, cuando se disponía de base, circuitos familiares que actuaron como un freno cuya magnitud está aún por investigar (Barciela, 1986), amortiguando de alguna manera la gravedad de la penuria que se sufría; cenar tres personas con una sardina y un tomate (Rodoreda, 1962) no debe considerarse un simple gesto novelesco, sino la imagen real de un mundo haciendo esfuerzos por no caer al lado más negro de la subsistencia. De esta forma la Reserva de Occidente ofrecía (Preston, 1994), ante "las espontosas condiciones de vida de la clase trabajadora derrotada", la desnudez de su despensa — un curioso decreto de 31 de diciembre de 1936 estableció para los restaurantes que el plato de huevos consistía en un sólo huevo —, mientras que para la elite de los vencedores se les reservaba la abundancia de la trastienda que permitía disfrutar de la "buena vida y la corrupción reinante".

2. Flechas en los radiadores y terror en la represión. El franquismo devora a la Falange

Hay una imagen que todavía hoy provoca en mí zozobras muy poco definidas, producto de esa clase de signos que, estando bien codificados y correctamente delimitados en su percepción, no consiguen sin embargo transmitir el mensaje para el que fueron creados. Me estoy refiriendo al símbolo por antonomasia de los años del primer franquismo, el yugo y las cinco flechas, signo que por su presencia se convirtió en uno de los componentes dominantes de la atmósfera sórdida a la que me refería en el epígrafe anterior.

Y sin embargo, a pesar de la asfixiante imposición de esa imagen que, sorprendentemente, descubro hoy posándose hasta en la rejilla protectora delantera de un "mercedes" de matrícula madrileña (García Escudero, 1989), el mensaje que se quiso transmitir con ese símbolo no llegó a cumplir satisfactoriamente la función comunicativa para la que fue codificado. Los expertos en semiótica (Eco, 1972) nos han alertado sobre este fenómeno frecuente y se han referido repetida-

mente a la fragilidad de la vida de los signos "sometida a la corrosión de las denotaciones y las connotaciones". Sin duda, algo de esto hemos presenciado los que nacimos en los años del primer franquismo porque el circuito de comunicación por el que el mensaje se debía transmitir, en algún eslabón quedaba roto ya que el único significado que nos alcanzaba era el poder o el miedo, es decir la negación misma de toda significación. De algún modo, en esta ruptura del canal de transmisión del mensaje que se quería propagar, se hacía presente la resistencia a la razón, algo al que el fascismo siempre mostró un aborrecimiento especial (Preti, 1983).

Pero si ese símbolo del yugo y las flechas no logró difundir satisfactoriamente el contenido preciso que pretendía — yo mismo tardé mucho en conseguirlo y cuando lo hice, irónicamente, fue en los años en que las circunstancias connotativas habían corrompido ya el valor para el que fue creado —, no obstante la sensación de miedo que se buscaba contagiar en la sociedad, pero no como núcleo fundamental de su mensaje sino subsidiario ya que el sistema disponía de recursos coercitivos funcionalizados, no tuvo dificultades de instalarse haciendo que las cosas, las personas y los mismos sucesos modificaran su propia medida ante la machacona presencia que había impuesto.

Por esta razón, la fijación de esa imagen del yugo y las flechas en la rejilla del radiador de un "mercedes" de aquellos años del primer franquismo, nos anima a una doble reflexión: por una parte, la agresividad y el dinamismo con que este signo propagandístico se apropió de todos los escenarios posibles de la vida española, acabó convirtiendo la monotonía de su grafía en una sombra medrosa que se fue sintomatizando en la sociedad, borrándose de este modo la incidencia denotiva que pretendía: el radiador de ese coche como marco donde se instala el símbolo, termina quemando su mensaje; y por otra, el deseo de vincular estrechamente los signos externos del poder económico — un "mercedes" — con los ideológicos — el yugo y las flechas —, limitó sin duda el efecto social que el mensaje intentaba y posibilitó la difusión de la idea — no correctamente fundamentada, ni buscada, claro está — de que fascismo y capital se confundían, deduciéndose de ello que tal ideología no concernía más que al comportamiento de una elite.

Sin embargo, no puedo sustraerme a la reconfortante imagen del estéril resplandor que se desprende de ese yugo y esas flechas aferrados — como negando inútilmente el giro de unos aconte-

cimientos que no logran controlar — al radiador de un "mercedes" madrileño en aquellos lejanos años del primer franquismo. "La paradójica victoria de un fascismo fracasado" (Chueca, 1986) es la sombra que pasea con cierta sorna ese coche por las calles de la ciudad del "No pasarán", actualizando la trágica pintura goyesca de Saturno devorando a unos hijos de dudosa filiación, que no es otro fenómeno que la "desnaturalización de Falange".

El fracaso que subyace en todo este proceso significa muchas cosas. Por una parte, la subordinación del partido (Chueca, 1986), confirmando su incapacidad política y sometándose al "único poder existente, al ejército". Resulta a este respecto ilustrativo el paralelismo que puede establecerse entre el secuestro de Falange a raíz de los sucesos del 16 de abril de 1937 en Salamanca y los que acaecen en Barcelona en mayo del mismo año, que suponen la neutralización del anarquismo republicano. No parece ajena a esta transformación de dependencia la "ausencia de una ideología clara" (Linz, 1978) de componente fascista en Franco, ni el hecho de que Falange naciera "mal y tarde" (Linz, 1980) y, ni siquiera, la circunstancia de que esa formación no fuera un partido de masas (Preti, 1983). Por todo cual el yugo y las flechas que arrastraba ese "mercedes" paseaba ostentosamente la frustración del "partido fascista más fracasado [...] y paradójicamente el más duradero" de Europa (Chueca, 1986). Por otra, la penetración social de Falange adoleció de unas bases de apoyo insuficientes para consolidar un poder político que le permitiera disponer de un tejido social favorable para hacer valer su programa ideológico frente al de un régimen que no se identificaba con aquél. De esta forma no supone ninguna sorpresa el que el partido se convirtiera muy pronto en un instrumento totalmente burocratizado. Y por último, el fracaso pone en evidencia las carencias teóricas (Chueca, 1983) del fascismo español que condenaron al partido a cumplir un "papel secundario" y una "función subsidiaria" muy distintos de sus intenciones originarias, terminando por convertirse en una elite funcional con escalafón propio y con la asignación de una tarea, siempre ensalzada pero apenas cumplida, del adoctrinamiento de una población que dio muestras sobradas de su rechazo al programa político del fascismo español.

Hablaba al principio de este epígrafe de las zozobras muy poco definidas que me producía la imagen del yugo y las flechas y me refería también al miedo como el resultado fundamental no precisamente pretendido con ese carácter, pero sí provocado por el

mensaje que transmitía. La razón de estas inquietudes y de estos temores hay que buscarla en el papel represor que desempeñó el fascismo fundamentalmente en los primeros momentos de la guerra civil (Reig Tapia, 1984 y 1990) y que imprimió a sus acciones un poso de terror tan bien administrado que, su negra estela, se proyectó a lo largo de todo el periodo del primer franquismo, contribuyendo así a la identificación de fascismo y terror por parte de la población que se convirtió en su víctima. Unas víctimas que vieron sin duda en múltiples ocasiones pasar "mercedes" con el distintivo del yugo y las flechas en su radiador, pero que no pudieron librarse del terror de la represión que se cebó sobre ellas.

3. *Franco, ese hombre bajo palio*

Contemplar hoy esa conocidísima fotografía del Dictador saliendo o entrando en un templo bajo palio no suscita, por lo que se refiere a la cuestión del sistema político, problemas serios de interpretación. Los especialistas (Cooper, 1978; Tusell, 1984; Montero, 1986) no se han ahorrado esfuerzos en describirnos a la iglesia católica "como uno de los pilares más sólidos del edificio del franquismo" y nos han permitido entender que el palio no solamente significaba sacralización, sino también una "especie de resguardo contra las tentaciones totalitarias de la Falange".

Pero en el campo de lo biográfico esa imagen del Caudillo bajo palio ocasiona tantas controversias que, con ánimo de superarlas, se ha propuesto, desde posturas hagiográficas, la existencia de varios Francos (García Escudero, 1989) o se ha recurrido hace muy poco (Preston, 1994) a la fórmula mágica del enigma con la intención de alertar sobre la casi imposibilidad de la comprensión de su figura, porque, como se ha sugerido desde otra perspectiva (Payne, 1985), Franco se encarga conscientemente de contruirse una imagen "perfectamente indefinible".

Sin embargo, todo aquello que se protege tras el escudo del enigma, termina revelando a la postre que este recurso no es más que un encubrimiento de la debilidad de una personalidad que no se atreve a mostrarse tal cual es. Además la utilización que el Dictador y sus panegiristas hacen de este instrumento, resulta sumamente selectivo, esgrimiéndole permanentemente en todo aquello que afecta a su perfil político y recurriendo a él sólo en algunas ocasiones cuando se trata de aspectos puramente biográficos. Esta diferenciación

permite acercarnos a Franco para intentar reconstruir algunas facetas de su imagen personal con una cierta garantía de realidad.

Ese hombre bajo el palio, saliendo o entrando al templo o la catedral, nos está arrojando a los ojos la contraimagen de la austeridad, el negativo precisamente que los propagandistas franquistas trataron de secuestrar (Carreras, 1938; Giménez Caballero, 1938), construyendo la leyenda de un hombre austero, casi pobre, cuya aureola de asceta le alejaba tácitamente de los corruptos políticos republicanos. Resulta curiosa la coincidencia de este tratamiento, con el que se da también a Salazar, en aquellos años, tanto por parte de los propagandistas lusos (León de Poncins, 1937), como por mediación del mismo Dictador (Franco, 1960). Los hechos, sin embargo, se han encargado de demostrar la fragilidad de tales invenciones, poniendo en evidencia el uso exagerado y particular de un patrimonio que pertenecía al Estado o a la Dinastía y los enormes dispendios que ocasionaban sus aficiones cinégeticas (Preston, 1994).

Enternecedora y pueril resulta la operación cosmética que se teje en torno a la figura de Franco al representarla como portadora de una sonrisa que "ha conquistado a España" y que "es el signo que el pueblo necesita para alcanzar su triunfo" (Giménez CabAllero, 1938; Manuel Machado, 1937), o la luz "que ilumina en su nuevo camino a la España renaciente, mártir" (Arraras, 1937). También Salazar, aunque en menor grado, se vio intervenido por cosméticas parecidas que afectaron no a sus labios, sino a los ojos, que "tranquilos y luminosos", devuelven a Portugal "orden, fortaleza y dignidad" (León de Poncins, 1937). Por lo que se refiere a la sonrisa de Franco, sus voceros actúan por mimetismo, obligados a presentar, frente a Flitler y a Mussolini, la figura paternal de su Caudillo. La dura y larga represión que he tocado de pasada en el primer epígrafe y que acompaña al Dictador hasta unos meses antes de su muerte, es la piedra que rompe el espejo en que se miraba esa complaciente y tranquilizadora sonrisa que no fue capaz, según parece, de borrar la doliente culpabilidad de la aversión de Franco por su padre (Preston, 1994).

El palio con el que la Iglesia sacraliza de algún modo a Franco, potencia el carácter providencial de la obra del Dictador y se convierte, a su vez, en el argumento al que recurre frecuentemente para justificar que sus decisiones no pueden nunca estar equivocadas: la Iglesia, con este sagrado distintivo con el que le protege, reconoce a Franco como el "conductor de un pueblo hacia la total restauración de su cuerpo de su alma" (Carreras, 1938) y, al mismo tiempo, pregona la

legitimación del régimen y la institucionalización del Nuevo Estado en el que la ideología fascista se subordina a la religiosa (Montero, 1986). En el papel destacado que desempeña la iglesia en la configuración del franquismo, conviene señalar algunas precisiones que pueden ayudarnos a interpretar las especiales relaciones que esta institución estableció con la sociedad y el Nuevo Estado: si, por una parte, fue la "línea intransigente" del catolicismo la que se impuso en el apoyo al régimen (Martí, 1989 y Alvarez Bolado, 1976), hay que entender, sin embargo, que, por otra, el integrismo de este grupo nacional-católico no fue un obstáculo para que algunos elementos del liberalismo económico recibieran la bendición oportuna, permitiéndose así un "encuentro entre capitalismo y catolicismo en el interior de un marco político" (Botti, 1992).

Quizás haya que buscar en el papel de superviviente el significado más contundente que se desprende de la contemplación, en perspectiva, de esta polisémica fotografía de ese hombre bajo palio. Los apelativos recientes de camaleón (Preston, 1994) o de erizo (Tusell, 1992) con los que metafóricamente se ha tratado de ilustrar este ejercicio de la perduración de Franco en el poder, nos sitúan de lleno en el perfil personal más manoseado por los panegiristas del régimen: la sabiduría, la sagacidad y, en suma astucia del Dictador se interpretan, por parte de la propaganda fascista, como la causa única que explica la apropiación y conservación del poder hasta el final de su vida; en cambio, los partidarios católicos, sin rechazar esta unicausalidad, consideran que debe añadirse a esa explicación la de la intervención divina que ha hecho posible que, al amparo de la religión el sistema franquista haya podido resistir los difíciles avatares que Dios le ha puesto. Es la táctica del "aguantar" que acuñó Carrero Blanco en los complicados finales de 1945, o es la de "la doble chaqueta" o, de la llamada también "doble guerra", tres años antes, en noviembre de 1942, apoyando al Eje al mismo tiempo que mantenía relaciones con los aliados con la intención de segurar su propia supervivencia en caso de la derrota fascista; o es el juego calculado de los nombramientos personales que le servían, en unos casos, para marginar a contrincantes molestos — es la cuestión de Muñoz Grandes en febrero de 1943 — y, en otros, para granjearse colaboradores incondicionales que aseguraran su voraz deseo de permanencia en el poder, como sucedió con el nombramiento del católico Martín Artajo como ministro de Asuntos Exteriores en la crisis de julio de 1945.

Pero la imagen de ese hombre bajo palio no es la de la soledad,

sino la de la complacencia, por un lado, de una jerarquía eclesiástica que le acompaña para sostenerle y confirmarle o, por otro, la de la reciprocidad que se expresa simbólicamente con la entrega que hace el Caudillo a la Iglesia de "su espada vencedora". Por lo tanto, las interpretaciones que buscan en la persona de Franco la razón de este camaleónico aferrarse al poder no se sostienen ya en sí mismas ante el análisis que nos han ofrecido las últimas investigaciones sobre el entorno político de Franco, campo en el que encuentran las claves a la explicación de esta larga supervivencia (Tusell, 1984 y 1992); claves que se revelarán, sin duda, como dolorosa "caja de Pandora" al confirmar que la colaboración que prestan a Franco los distintos grupos, se va convirtiendo a la larga en un desgaste político de sus propios programas y en un sólido pedestal sobre el que asegura el Dictador el poder para el resto de sus días.

4. *"Buscando el camino de España". "Una educación sentimental"*

La imagen patética de un flecha — "se llamaba Pepe Vicente, y tenía trece años" — que dirige su asustada mirada en derredor del reducto del Teruel "rendido a la horda roja" "buscando el camino de España" (*Lecciones de Historia de España*), refleja suficientemente los presupuestos filosóficos desde los que se intenta edificar el modelo educativo de los primeros años del régimen. Los análisis más recientes que se han hecho sobre este campo, se han orientado, unos, hacia la teoría y la praxis educativa del sistema (Fernández Soria, 1984; Cámara Villar, 1984), y, otros, hacia el aspecto diferencial disciplinar (Valls Montes, 1984 y 1986), aportando como resultado una investigación que nos ha puesto al descubierto la ideologización que tiñó a la enseñanza de la Historia y el adoctrinamiento que se quiso buscar al sistema educativo en general (Sopeña Monsalve, 221-229).

Sin embargo, el estado actual de nuestros conocimientos sobre esta temática no ha sido capaz de aplacar las zozobras que he sentido en estos últimos días cuando, con la intención de preparar estas reflexiones, me he visto obligado a hojear con tranquilidad el material escolar — enciclopedias de grado y simples manuales — que sirvió de base a mis estudios primarios y secundarios. Bien es cierto que a esa inquietud la ha acompañado, como contrapeso, durante todo este ejercicio, un estado especial de ánimo que se explica por esta suerte

de sortilegio que ha conseguido poner sobre la mesa de trabajo una parte ya casi olvidada de mi infancia.

Y es que el análisis a que me ha obligado toda esta documentación tan personal y, en algún aspecto, doméstica, no se plegaba adecuadamente al repertorio ideológico que han aplicado los especialistas de la materia. La preocupación por la ideología ha marginado y, en algunos casos, olvidado, el componente filosófico que subyace en la concepción educativa del primer franquismo. Es cierto que en los manuales que me obligaron a estudiar en aquellos años queda bien patente el tinte ideológico con el que se manipuló la educación en general y la historia en particular. Pero lo que no resulta tan evidente en las investigaciones especializadas que he citado es el estudio de los presupuestos filosóficos que informan a esa ideologización de la educación del régimen. Normalmente lo que dejan en claro estos trabajos es el componente ideológico, con lo que sus explicaciones se resienten ante la falta de una razón que actúa siempre como soporte de aquél.

El camino de España que busca Pepe Vicente, ese flecha aterrizado en la Teruel roja, no es otro que una educación sentimental que significa dos cosas: por un lado, el sesgo emotivista que toma la educación, relegando los valores intelectuales a un segundo plano, muy en la línea del recelo de los fascistas a todo lo racional; y por otro, la socialización de la educación que no deja campo alguno a la espontaneidad del individuo, obligado a andar ese camino. Lo que en realidad se pone al descubierto es que la justificación y las fuentes del comportamiento humano se fundamentan en el sentimiento, material del que se extrae el conjunto de principios sobre el que se construye el modelo educativo del primer franquismo. Es precisamente esta orientación la que silencia las investigaciones que se han aferrado excesivamente en el componente ideológico de la enseñanza que caracterizó a esos años, orillando un aspecto que, en realidad, correspondía al mismo campo de estudio, pero que, al no tocarse, suscitaba demasiadas dudas en el terreno de las explicaciones. De esta manera la ideología franquista que tiñe a toda la educación cobra su verdadero sentido en el marco del tratamiento emotivista con que se fundamenta el sistema. Desde esta perspectiva no sorprende ya el monótono — y sentimentaloides, añadiríamos hoy — recurso que los autores — anónimos normalmente — de estos manuales o enciclopedias hacen de todo ese arsenal emotivo: la afección, la aflicción, el amor, el odio, la esperanza, el temor, la

vergüenza, la alegría, el recogimiento, la cobardía, la venganza, la simpatía, la piedad, son términos que se usan con harta frecuencia y que toman cuerpo muchas veces "mediante formaciones discursivas explícitas", es decir, cuentos, como un mecanismo más digerible de "integración de los individuos en el sistema social" (Ibáñez, 1994). Una lectura sosegada de dos de los manuales anónimos (*El libro de España y Lecciones de Historia de España. Segundo Grado*) que componen el repertorio sentimental de mi entorno educativo infantil, ilustran perfectamente el sesgo emotivista del modelo de enseñanza que estableció el régimen franquista en sus primeros años.

Esta vuelta forzosa a mi infancia que he tenido que hacer por culpa de estas reflexiones sobre la imagen que Franco y su entorno construyeron para encantar a la sociedad española, ha tenido la virtud de descubrirme una coincidencia entre el enfoque que el franquismo da a la educación y el título de dos de las obras que rodaron con más profusión en su última etapa. Me estoy refiriendo a *Una educación sentimental* y a *Crónica sentimental de España*. Coincidencia que, debo advertirlo, se reduce solamente al uso de un término, como es lógico entender, pero que me llena de satisfacción.

Bibliografía manejada

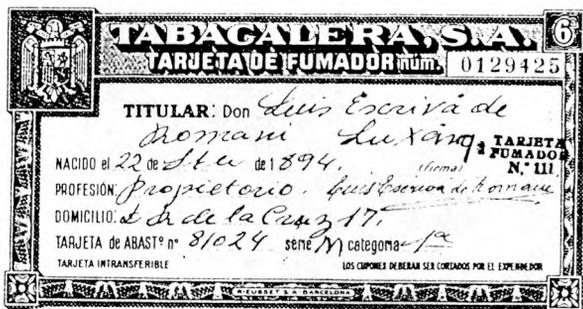
- ALVAREZ BOLADO, Alfonso (1976), *El experimento del nacional-catolicismo (1939-1975)*, Madrid, Edicusa.
- ARRARAS, Joaquín (1937), *Franco*, San Sebastián, Librería Internacional.
- BARCIELA, Carlos (1986), "El mercado negro de productos agrarios en la posguerra, 1939-1953", en Fontana, Josep (editor): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica.
- BARCIELA, Carlos (1989), "La España del estraperto", en García Delgado, José Luis (editor), *El primer franquismo. España bajo la segunda guerra mundial*, Madrid, Siglo XXI.
- BOTTI, Alfonso (1992), *Cielo y dinero. El nacional-catolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza.
- CAMARA VILLAR, G. (1984), *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Madrid.
- CARR, Raymond (1970), *España, 1808-1939*, 2ª edición, Barcelona, Ariel.
- CARRERAS DE ODRIOZOLA, Albert (1984): "La producción

- industrial española, 1842-1981: construcción de un índice anual", *Revista de historia económica*, n.º 1, año II.
- CARRERAS DE ODRIOZOLA, Albert (1985), "Gasto Nacional Bruto y formación de capital en España, 1849-1958: primer ensayo de estimación", en Martín Aceña, Pablo y Prados de la Escosura, Leandro (editores): *La nueva historia económica en España*, Madrid, Tecnos.
- CARRERAS, Luis (1938), *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa*, Toulouse, Les Frères Douladoure, imprimeurs.
- CHUECA, Ricardo L. (1983), *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET y de las JONS*, Madrid, CIS.
- CHUECA, Ricardo L. (1986), "FET y de las JONS: La paradójica victoria de un fascismo fracasado", en Fontana, Josep (editor): *España bajo el franquismo*.
- COOPER, Norman (1978), "La Iglesia: De la 'Cruzada' al cristianismo", en Preston, Paul: *España en crisis: la evolución y decadencia del régimen de Franco*, México, FCE.
- ECO, Umberto (1972), *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Barcelona, Lumen.
- FERNANDEZ SORIA, Juan Manuel (1984), *Educación y cultura en la guerra civil (España 1936-1939)*, Valencia, Nau Llibres.
- FONTANA, Josep (1986), "Introducción: Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del Franquismo", en Fontana, Josep (editor): *España bajo el franquismo*.
- FRANCO, Francisco (1960), *Discurso y mensajes del Jefe del Estado, 1955-1959*, Madrid.
- GARCIA DELGADO, José Luis (1986), "Estancamiento industrial e intervencionismo económico durante el primer franquismo", en Fontana, Josep (editor): *España bajo el franquismo*.
- GARCIA ESCUDERO, José María (1989), "Cómo era Franco", en VV.AA: *Hace medio siglo. La posguerra*, Salamanca, La Gaceta Regional.
- GIMENEZ CABALLERO, Ernesto (1938), *España y Franco*, Cegama (Guipúzcoa), Ediciones "Los combatientes".
- GOMEZ DE LA SERNA, Victor, *Nostalgias de Madrid*, Madrid, Espasa-Calpe.
- IBAÑEZ, Jesús (1994), *Por una sociología de la vida ciudadana*, Madrid, Siglo XXI.

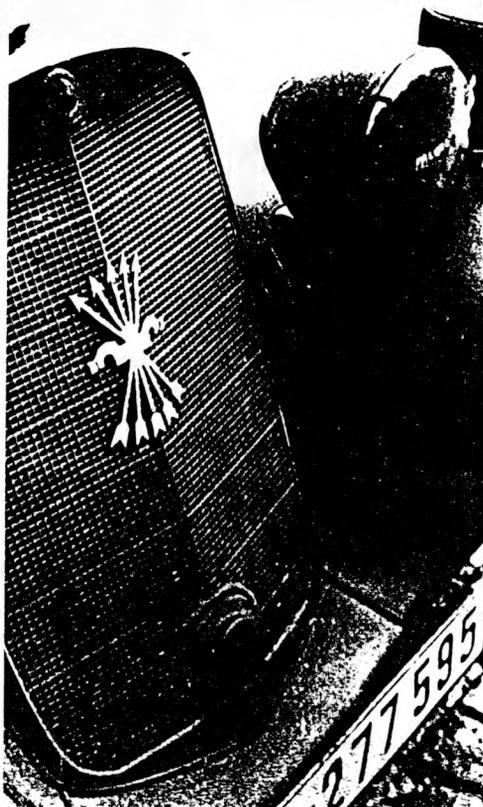
- Lecciones de Historia de España. Segundo grado* (1947), Valladolid, Ediciones Bruño,
- El libro de España* (1946), Zaragoza, Luis Vives.
- LINZ, Juan José (1978), "Una teoría del régimen autoritario. El caso de España", en Payne, Stanley G. (editor): *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Madrid, Akal.
- LINZ, Juan José (1980), "Political Space and Fascism as a Late-Comer", en *Who were the Fascists*, Oslo. Citado por Chueca, Ricardo L.: "La FET de las JONS: La paradójica victoria de un fascismo fracasado", en Fontana, Josep (editor): *España bajo el franquismo*.
- MACHADO, Manuel, "Francisco Franco" (soneto), en Arraras, Joaquín (1937): *Franco*.
- MARTI, Casimiro (1989), "Iglesia y franquismo", en García Delgado, José Luis (editor): *El primer franquismo. España durante la segunda guerra*.
- MONTERO, José Ramón (1986): "Los católicos y el Nuevo Estado: Los perfiles ideológicos de la ACNP durante la primera etapa del franquismo", en Fontana, Josep (editor): *España bajo el franquismo*.
- PAYNE, Stanley G. (1985), *Falange. Historia del Fascismo español*, Madrid, Sarpe.
- PONCINS, León de (1937), *Oliveira Salazar y el nuevo Portugal*, San Sebastián, Librería Internacional.
- PRESTON, Paul (1994), *Franco 'caudillo de España'*, Barcelona, Grijalbo.
- PRETI, Luigi (1983), *El desafío entre democracia y totalitarismo*, Barcelona, Península.
- REIG TAPIA, Alberto (1984), *Ideología e historia: Sobre la represión franquista y la guerra civil*, Madrid, Akal.
- REIG TAPIA, Alberto (1990), *Violencia y terror. Estudios sobre la Guerra Civil Española*, Madrid, Akal.
- RODOREDA, Mercé (1962), *La Plaza del Diamante*, Barcelona.
- SOPEÑA MONSALVE, Andrés (1994), *El florido pensil. Memoria de la escuela nacional-católica*, Barcelona, Crítica.
- SANTA EULÁLIA, Mary G. (1989), "Pipas y arroz viudo, la 'nouvelle cuisine' de la posguerra", en VV.AA.: *Hace medio siglo. La posguerra*, Salamanca, La Gaceta Regional.
- TUSELL, Javier (1984), *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza.

- TUSELL, Javier (1992), *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets.
- VALLS MONTES, Rafael (1984), *La interpretación de la historia de España, y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista (1338-1953)*, Valencia, ICE.
- VALLS MONTES, Rafael (1986), "Ideología franquista y enseñanza de la historia en España", en Fontana, Josep (editor): *España bajo el Franquismo*.
- VAZQUEZ MONTALBAN, Manuel (1967), *Una educación sentimental*, Barcelona, El Bardo.
- VAZQUEZ MONTALBAN, Manuel (1986), *Crónica sentimental de España*, Madrid, Espasa-Calpe; reedición de la original de 1971.

Despensa, flechas, palio y sentimiento



1. La despensa en la Reserva de Occidente



2. Flechas en los radiadores y terror en la represión



3. Franco, ese hombre bajo palio.



LECTURA.—Dos niños héroes.

En un reducto español de Teruel, rendido a la horda roja, se hallaba un flecha.

Se llamaba Pepe Vicente, y tenía trece años.

Sus ojos miraron en derredor, buscando al camino de España. Lo ha visto y está resuelto a seguirlo.

4. Buscando el camino de España.